

pliegues del régimen democrático.

El film llega a esta idea-base mediante la utilización de los más válidos recursos de la "comedia italiana". Tanto el propio Monicelli como sus guionistas Age y Scarpelli y un conjunto de espléndidos actores a los que —por fin!— nos es dado escuchar con sus voces auténticas de la versión original, contribuyen a demostrar la valía de un género despreciado por muchos, pero que cuando, como en "Vogliamo i colonnelli", está inteligentemente utilizado, posee todas las virtudes cívicas y culturales del mejor costumbrismo. ■ FERNANDO LARA.

El poder de una prensa fascista

Heinrich Böll escribió "El honor perdido de Katharina Blum", como un acto de defensa propia: injuriado gravemente por los periódicos de la cadena Springer, a raíz de que en 1972 el Premio Nobel alemán publicase en "Der Spiegel" un artículo contra la calumniosa campaña de que fueron objeto los anarquistas Andreas Baader y Ulrike Meinhof, por parte del citado grupo de prensa, vio su prestigio puesto en entredicho hasta el punto de que la Policía llegó a considerarle "sospechoso de colaboración con el terrorismo". Tras sufrir registros domiciliarios e interrogatorios a él y a su familia, Böll decidió utilizar su arma literaria para poner en evidencia los mecanismos de las publicaciones "amarillas", la manera en que un diario sensacionalista, como el "Bild-Zeitung" (cabeza de la cadena Springer y el de máxima circulación dentro de la República Federal Alemana), influye en una colectividad y es capaz de destruir todo aquello que se proponga, incluido el ser humano. De ahí nació, en 1974, "Die verlorene Ehre der Katharina Blum", subtitulada "Cómo la violencia puede desarrollarse y adónde puede llevar" y que llevaba al inicio esta nota: "Las personas que se citan y los hechos que se relatan son producto de la fantasía del autor. Pero si ciertos procedimientos periodísticos recuerdan los del 'Bild-Zeitung', el paralelismo no es intencionado ni causal, sino inevitable".

A lo largo de esta breve novela (de la que existe traducción



"El honor perdido de Katharina Blum" ("Die verlorene Ehre der Katharina Blum", 1975), de Volker Schlöndorff y Margarethe von Trotta.

castellana en Editorial Noguer) y utilizando una estructura de informe semijudicial, Böll describe el itinerario por el que una muchacha considerada ejemplar, es aniquilada por las mentiras y calumnias de un medio de "información", desde que éste la considera "personaje de actualidad" por haber pasado una noche con cierto famoso atracador, al que la Policía busca desde hace tiempo. Y no sólo Katharina Blum —trasunto literario del propio Böll—, sino todo su círculo de familiares y amigos, queda destrozado por las falsedades vertidas públicamente contra ellos. El todopoderoso PERIODICO, portavoz de una ideología reaccionaria, burdamente anticomunista y que se aprovecha del "fascismo cotidiano" de la clase media alemana para potenciarlo sin cesar, se erige en determinante de vidas y conductas, en mediatizador de unos hechos sociales que adapta siempre a sus intereses políticos y económicos.

Al año siguiente de que la novela de Böll fuese publicada con gran éxito, Volker Schlöndorff y su mujer, Margarethe von Trotta, filmaban su adaptación cinematográfica. Respetando con casi plena fidelidad las incidencias argumentales, la pareja de cineastas amplió, sin embargo, el círculo de la denuncia en un aspecto que el Premio Nobel había dejado prácticamente al margen, salvo alguna leve insinuación: el comportamiento de la Policía. A los repudiables métodos del sensacionalismo periodístico, a la hipocresía de unos políticos y financieros que se movían en la oscuridad privilegiada de su poderío, Schlöndorff y Von Trotta añadían la conducta intimidatoria e irrespetuosa de unos funcionarios policiales y judiciales —personificados, sobre todo, en el comisario

Beizmenne y en el fiscal Hach—, únicamente empeñados en confirmar a toda costa sus prejuicios y sospechas. Aún más: esa prensa "amarilla" no actuaba sola o con el simple respaldo de sus patronos y protectores; era su connivencia con la Policía y la mirada "distráida" de la Magistratura lo que la hacía viable, operante, el instrumento a través del cual podía fecundarse. Los repetidos contactos del periodista Tötges con el comisario Beizmenne, y la indiferencia del fiscal Hach ante las denuncias de los interrogados contra las infamias del periódico, quedan señalados con toda claridad en el film, más amplia y evidentemente acusador —por tanto—, que el texto de Böll.

Ello forma parte esencial de la manera en que Schlöndorff y Von Trotta han entendido que "El honor perdido de Katharina Blum" debía llevarse a la pantalla, renunciando a importantes componentes estilísticos de la novela (las digresiones sobre el método narrativo utilizado, su sentido del humor, la calidad del lenguaje de Böll) en beneficio de la eficacia cívica del relato, de la capacidad revulsiva de la anécdota. En este enfoque se incluye también el discutido epílogo que cierra la película, susceptible de ser mal interpretado como un ataque a la libertad de prensa, cuando es la utilización concreta de esta libertad por parte de un capitalismo sin conciencia lo que los cineastas intentan criticar con tal escena. Que no habría hecho falta de respetar ese lúcido párrafo de la novela en que le muestran a Katharina quince recortes de diarios que no tergiversan la verdad de los hechos, ante lo que ella responde: "¿Y quién lee esto? Todos mis conocidos leen el PERIODICO. ■ FERNANDO LARA.

TEATRO

"La madre", de Gorki, en la Cadarso

Durante varios días ha sido tema de actualidad la amenaza de cierre de la sala Cadarso. El hecho de que —gracias, sobre todo, a la mediación de la Dirección General de Teatro ante el Gobierno Civil— el GIT haya podido estrenar su versión de "La madre", de Gorki, parecerá a muchos una solución del problema. Para mí, evidencia, en todo caso, una posición de la Administración que hubiera resultado inimaginable durante un larguísimo período. También, que la Cadarso se ha convertido en un fenómeno social importante, cuyo estrangulamiento no puede decidirse sin herir a la opinión pública. Y, lo que es también nuevo, que al sector que sostiene la Cadarso, pese a su inequívoca alineación crítica, se le acepta como parte de esa opinión y, por tanto, se le tiene el consecuente respeto.

Importa sacar las conclusiones correctas del incidente. Y, sobre todo, hacer de su solución satisfactoria el punto de partida de una nueva reglamentación y una nueva política frente al tema de los lugares de representación teatral.

Bajo una u otra fórmula, con uno u otro término, no existe en el mundo ninguna sociedad de buena vida teatral que no sostenga y proteja esas salas "off", en las que nace, toma cuerpo y se desarrolla críticamente una siempre renovada concepción del teatro. Y al hablar de buena vida teatral nos estamos refiriendo a la buena vida social; lo que es tanto como decir que ese tipo de salas "marginales" encuentran obstáculos para existir allí donde el inmovilismo ha decidido hacer del teatro una domesticada rutina.

Si durante años —tantos, que incluso modificaron nuestro sentido de lo lógico— fue coherente que la censura, los permisos gubernativos, la reglamentación de salas de espectáculos y la miserable parquedad de las subvenciones, colaboraran estrechamente entre sí para crear un teatro de consumo, desapasionado e